

que tengais lo que vuestro corazón ansía. » Y aquel mendigo, cubierto de algunos viejos harapos, desfigurado y roído por una úlcera, contestó : « Gracias por vuestra caridad, mi querido señor; yo jamás he tenido días desgraciados; siempre tengo lo que deseo. » Taulero, que así se llamaba nuestro sábio, creyó que aquel hombre estaba loco. Sin embargo, en el acento de aquel pobre había tanta dulzura, tanta resignación, que se sintió conmovido. — « ¡Cómo, amigo mio! le dijo. Con estas llagas que os cubren, y esta miseria que os obliga á alargar la mano, ¿ habeis sido dichoso siempre? ¡ Vaya, no puede ser! » Y el pobre le contestó : — « No os sorprenda : me he acostumbrado á no querer otra cosa que lo que quiere Dios : si me envía el mal, lo recibo de buen grado ; si me da salud, la acepto con alegría ; si no tengo de qué comer, ayuno para expiar mis pecados y los ajenos ; si no tengo con qué vestirme, miro á mi Salvador Jesús en el pesebre y en la cruz : yo soy más rico de lo que era él. No deseo más que una cosa : que se cumpla en todo y para siempre la voluntad de Dios (1). » El sábio Taulero lloraba oyendo semejante lenguaje, y más tarde, decía á sus discípulos estas palabras con que voy á concluir : « Nuestra alegría y nuestra felicidad sobre la tierra dependen de nosotros mismos y de las disposiciones de nuestro corazón ; amemos á Dios y cumplamos fielmente en este mundo su santa voluntad : es el medio más seguro para ir á cumplirla un día eternamente en el cielo. » Así sea.

(1) Véase la Vida de Taulero ó más bien sus *Instituciones*. La citada anécdota debió ser sin duda la que inspiró al autor del *Christ aux pieds nus*, esta frase : « Yo tengo zapatos, Cristo iba con los piés descalzos. »

INSTRUCCION DUODECIMA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

INSTRUCCION QUINTA.

NOS ESTA PERMITIDO PEDIR BIENES TEMPORALES ; COMO Y BAJO QUÉ CONDICIONES.

TEXTO. — *Pater noster... panem nostrum quotidianum da nobis hodie...* Padre nuestro, que estás en los cielos... el pan nuestro de cada día dánosle hoy.

(SAN LUCAS, CAP. XI, VERS. 13.)

EXORDIO.—Repasemos juntos, hermanos míos, las primeras peticiones de esta hermosa oración : *Padre nuestro, que estás en los cielos...* Hemos pedido á Dios que sea santificado su nombre, que venga á nosotros su reino, y que se haga su voluntad en la tierra y en el cielo... ¿ Hemos comprendido bien estas tres peticiones?... *Santificado sea tu nombre*, es decir : Dios mio, que no oigamos blasfemar ni ultrajar más vuestro santo nombre ; hacednos á nosotros mismos la gracia de que lo pronunciamos siempre con respeto, tal como se pronuncia el nombre de un amigo, de un bienhechor y de un padre... *Venga á nos el tu reino...* ; Dios mio, sed conocido, amado, honrado y venerado por todos los hombres!... Los pueblos cristianos, fieles á las promesas de su bautismo, veneren vuestra santa Majestad... No basta : deseamos que los pueblos infieles que, según el lenguaje de los profetas, viven en la oscuridad y estan sentados en las tinieblas de la muerte (1), que esos pueblos, iluminados por nuestros piadosos misioneros, os saluden por su Dios y reconozcan vuestro imperio... Hemos pedido que la voluntad de aquel Padre, que está en los cielos, se cumpla con prontitud y fidelidad por nosotros que en esta tierra vivimos, cual se cumple

(1) S. Lucas, cap. 1, vers. 79.

por los ángeles que estan en el cielo. Estas tres peticiones atienden á la gloria de Dios que, como os tengo dicho, debemos desear antes que todo...

Las peticiones que van á seguir, se refieren directamente á nuestras propias necesidades; las unas piden lo necesario para nuestros cuerpos, las otras lo que atañe especialmente á las necesidades de nuestras almas...

Es muy justo, hermanos míos muy amados, que nos ocupemos ante todo de los intereses de Dios... Se han visto hijos que se han sacrificado por los intereses de sus padres; se han visto hasta servidores sacrificándose por la gloria de su señor. En algun lugar he mencionado la historia de un tal Zopiro, que se mutiló á sí propio á fin de conquistar para su señor una ciudad. Si aún entre los fieles acontecía esto, me parece que unos cristianos que conocen á Dios su Criador, que aman á este Padre que tienen en los cielos, comprenderán fácilmente que lo primero que debemos desear es su gloria, su reino, su voluntad.

PROPOSICIÓN. — Hoy vamos á meditar esta cuarta petición: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy...*

DIVISIÓN. — A este propósito os diré *en primer lugar*, que nos está permitido pedir bienes temporales; y *en segundo lugar*, cómo y en qué condiciones nos está permitido pedirlos.

Primera parte. — ¡Esos bienes temporales!... Sí, hermanos míos, sí, desde el momento en que pueden contribuir á nuestra salvación, nos es lícito pedirlos... Recorred el Antiguo Testamento y lo vereis... El santo patriarca Abraham estaba enteramente dispuesto á inmolar á su hijo Isaac en lo alto de la montaña que Dios le había señalado. No ignorais que Dios, contentándose con su buena voluntad, no permitió que se realizase el sacrificio. « Estoy satisfecho de tí, le dijo un ángel de parte de Dios, no sacrificues á Isaac (1). » Aquel niño se hizo hombre; y veis á Eliezer, el servidor de Abraham, suplicando al Señor que conceda al hijo de su amo una mujer digna de él (2). Una familia cristiana, una unión contraída según el corazón de Dios,

(1) Gén., cap. XII, vers 16.

(2) Gén., cap. XXI.

¿no es, carísimos hermanos, un bien temporal, y uno de los más deseables?

Millares de veces podría mostraros á los patriarcas y á los profetas pidiendo á Dios el *rocío del cielo*, y la *sustancia de la tierra*, es decir cosechas fecundas, ó mejor su pan de cada día... Algunos santos, carísimos hermanos míos, y principalmente una gran santa, santa Teresa de Jesús, interpretando á su manera las palabras de que hablamos, ha podido decir, con una apariencia de verdad (1): « El pan que con estas palabras pedimos, es la gracia de Dios, es sobre todo la sagrada Eucaristía, alimento cotidiano de nuestras almas. » ¡Tienes razón, insigne santa!... Vueltos los ojos hácia este divino tabernáculo, me paro y digo: Sí, si todos nosotros fuésemos fervientes cristianos, éste sería en realidad el alimento cotidiano de nuestras almas, el pan divino que debería alimentarlas cada día... — Mas nó Dios no llama á todas las almas á esta comunión diaria, y, cuando pedimos á Dios nuestro pan cotidiano, lo que pedimos es realmente, según los intérpretes más autorizados, nuestro sustento de cada día (2).

¿Pedir á Dios nuestro sustento de cada día?... Esto, carísimos hermanos, no es más que justicia: nosotros trabajamos, sembramos y cultivamos nuestros campos; pero es menester que se extienda sobre ellos la bendición de Dios para que se hagan fecundos. Un profeta ha dicho: « Si Dios no edifica la casa, en vano es que se trabaje en su construcción. » Y repito yo, después de él: Si Dios no bendice los trabajos que ejecutais en vuestras viñas y en vuestros campos, inútil es que trabajéis... Sí, sí, hermanos míos, cuando pedimos á Dios nuestro pan de cada día, queremos decir: Dios mio, bendecid mi trabajo: si soy agricultor, dad la fecundidad á mis campos; si soy vinerero, preservad mis viñas de esos siniestros azotes que devoran el germen de su cosecha. Si ejerceis otro oficio cualquiera, acordáos de que teneis necesidad de pan; rogad al Señor que libre del granizo y de otras mil calamidades á esa planta tan frágil y tan útil que se llama

(1) Meditaciones sobre el *Padre nuestro*.

(2) Véase Cornelio a Lapide. No es aún quien más claramente lo expresa.

una espiga de trigo. Obreros, pueblos y reyes, acordáos de que la necesitais; no olvideis que sólo Dios hace crecer esta planta tan indispensable, y decid con humildad, dirigiéndoos á la augusta Providencia: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy.*

Os está permitido, hermanos míos muy amados, pedir al Señor, no solamente bienes necesarios para sostener vuestra existencia, sinó también otros bienes temporales, que deban contribuir á la gloria de Dios... Bethulia está sitiada por las tropas de Holofernes; la piadosa Judith ayuna y ora para pedir su libertad. Dios la atiende. Inspirada por el Espíritu Santo, trasládase al campamento de Holofernes, mata al general y salva su patria.

Y si recorremos el Evangelio, vereis á esa multitud de enfermos que rodean á nuestro adorable Salvador; lo que principalmente piden son bienes temporales... Ved á un centurión: « Maestro, dicen los Apóstoles, hay que acoger su petición. » ¿Qué pedía? La curación de su servidor; y la obtuvo. ¿Y esa pobre madre que se llama la Cananea? ¡Oh! cuánto me gustan las madres que ruegan por sus hijos! Me parece que el mismo Jesucristo sentía por ellas un cariño especial... La buena mujer pide con instancia la curación de su hija y la obtiene. ¿Veis á ese pobre ciego gritando: « ¡Jesús, hijo de David, ten piedad de mí! » Jesús se vuelve hácia él. — « ¿Qué quieres? le pregunta. — Señor, la vista!... » Y el ciego veía... Sería preciso, hermanos míos muy amados, citar casi todos los milagros de nuestro divino Jesús, y añadir á ellos los que, por su divino poder, han realizado los santos, para mostraros que nos está permitido pedir bienes temporales á nuestro Padre que está en los cielos. Los dos milagros de la multiplicación de los panes, circunstancias solemnes en las cuales nuestro divino Salvador alimentó milagrosamente á millares de personas, demuestran evidentemente que podemos principalmente pedir á Dios en nuestras oraciones lo que necesitamos para sostener la vida de nuestro cuerpo. Contemplando estoy á Jesús apiadándose de aquella multitud que le rodea... « Se morirán de necesidad por el camino, esclama, hay que alimentarles. » Y volviéndose á sus Apóstoles, les pregunta: « ¿Teneis pan para alimentar á esa multitud? » Ya sabeis cómo se multiplicaron en sus manos aquellos pocos panes y aquellos cuantos peces.

Segunda parte. — Es evidente, pues, hermanos míos muy amados, que el Padre que tenemos en el cielo, nos permite que le pidamos bienes temporales. No cabe duda, como más de una vez os lo he dicho, que lo que debemos desear antes que todo es la salvación de nuestra alma; pero implorar de la Providencia lo que necesitamos para la conservación de nuestra vida es, lo repito, un objeto legítimo de nuestras oraciones. La Iglesia misma, en los días de Rogativas y aún en otras circunstancias, al autorizar solemnes procesiones, nos invita á suplicar al Señor que aparte las calamidades que pudieran comprometer los bienes de la tierra. Cántanse en efecto estas palabras: *Ut fructus terræ dare et conservare digneris, te rogamus audi nos...* Dignáos, Señor, concedernos y conservarnos las cosechas, que crecen en nuestros campos, las vendimias prometidas por nuestras viñas...

Pero observad al mismo tiempo con qué sobriedad y bajo qué condición se nos permite pedir los bienes temporales. *Panem nostrum quotidianum*, el pan nuestro de cada día. Cada una de estas palabras reclama una explicación. No pedimos oro, ni plata, ni dignidades, ni honores: nó, pedimos este alimento tan sencillo, tan precioso, tan indispensable que se llama pan... Rico ó pobre, nadie puede prescindir de este alimento. Y aquí se presenta á mi mente una reflexión... ¡Cuán noble es la profesión del labrador! Él únicamente á Dios le pide su pan, mientras que los demás tienen que dirigirse á él, y hacerle la misma petición que hacen á Dios: *Labrador, dános nuestro pan de cada día.*

Mas, ¿porqué no le decimos á Dios: Señor, dadme *mi* pan de cada día? Carísimos hermanos, el mismo motivo de fraternidad que ha hecho decir: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, nos hace decir: *nuestro pan*; es una nueva afirmación de esta unión, de esta caridad que debería reinar entre los hombres... Dios mío, este pan, estos bienes terrenales que concedéis á unos y que, por razones misteriosas, negais á otros, quereis, si he de atreverme á decirlo, que la caridad los haga comunes... Pobres, llamad con confianza á la puerta de esta familia cristiana; no se os negará un pedazo de pan, se os hará limosna con alegría... Se os dirá: Hemos pedido á Dios *nuestro* pan y nos lo ha dado; hermano, partámosnoslo, es mío y es tuyo, puesto que es *nues-*

tro pan... Atrás, hermanos míos muy amados, léjos, muy léjos, esos avaros de corazón duro, y que no tienen piedad de los pobres, sus hermanos. ¡ Estos olvidan que deben compartir con el necesitado ese pan que Dios les da !...

Ved también con qué discreción, con qué reserva debemos pedir los bienes temporales : *Dánosle hoy* nuestro pan de cada día. Al emplear estas expresiones, nuestro divino Salvador quiere darnos á entender que era preciso confiarnos á la Providencia, y preocuparnos poco para el día de mañana... Mañana ¿ dónde estaré yo ? ¿ dónde estareis mañana todos los que me escuchais ? Lo ignorais ; esta mañana hemos pedido nuestro pan de hoy ; mañana, si Dios nos ha conservado la vida, volveremos á hacer la misma petición... y así, día por día, mientras vivamos sobre la tierra... Esto es positivamente un acto de confianza y de abandono en la divina Providencia... ¿ Quiere decir esto, hermanos míos muy amados, que debemos ser desprevenidos, que los padres no deben pensar en el porvenir de sus hijos ?... ¿ Estaría prohibida esa economía que sabe proporcionarse algunos recursos para la vejez ?... Nó, estas palabras que os decía yo, tienden simplemente á preservarnos de un vicio demasiado común, de esta funesta avaricia que, haciendo caso omiso de la Providencia, no cuenta más que consigo misma. Más de una vez ha insistido nuestro divino Salvador sobre este punto en su Evangelio ; él decía á sus Apóstoles y á los oyentes que le rodeaban : Confíad en la Providencia, mirad las aves ; ellas no siembran, y sin embargo Dios las alimenta. Considerad el lirio y la flor de los campos ; ellas no hilan, y sin embargo Salomón en toda su gloria no ha tenido jamás adornos tan brillantes como los de esas flores (1)... ¿ Qué quiere decir esto ?... ¿ Estaría prohibido el trabajo ?... ; Nó ! El trabajo es el medio más seguro de proporcionarnos nuestro pan de cada día... San José trabajaba en Nazareth, y vos mismo, adorable Salvador, le ayudabais en su trabajo ; fatigando vuestros brazos era como os proporcionabais á vos mismo y á vuestra Madre la dulce Virgen María, aquel pan de cada día, con cuyo auxilio quisisteis sostener aquella vida mortal que habíais tomado para redimirnos...

(1) San Mateo, cap. VI, vers. 28.

Cierto día, hermanos míos muy amados, un religioso, cuyo nombre ignoro, va á encontrar á san Silvano, superior de una comunidad establecida en el desierto... Al ver á los discípulos de san Silvano ocuparse con ardor en un trabajo manual, aquel religioso parecía sorprenderse. — « ¿ A qué trabajar tanto, les dijo, para ganar un miserable sustento ? Creedme, entregáos á la meditación y, como María, habreis escogido lo mejor... » San Silvano hizo colocar en una celda á aquel forastero, y se le dió un libro para que se ocupase en la meditación. Llegada la hora de comer, se puso cuidado en no distraerle ; hizose como que se le había olvidado... Habiendo transcurrido algunas horas, aquel forastero, acosado por el hambre, deja su celda y va á encontrar al santo abad : — « Padre, le dijo, ¿ no comen hoy vuestros religiosos ? — Dispensad, le contestó el santo, han comido ya. — Y ¿ cómo es, añadió el forastero, que no me habeis hecho avisar ? — Es, replicó el santo, porque vos sois un hombre totalmente espiritual ; vos habeis escogido lo mejor y es indudable que no teneis necesidad de ese sustento perecedero. En cuanto á nosotros, que somos carnales, tenemos necesidad de comer, lo cual nos obliga á trabajar. » Comprendió la lección el forastero y se excusó con el santo abad, quien le dijo : — « Confesad, amigo mio, que el trabajo es necesario para que podamos proporcionarnos este pan de cada día que le pedimos al Padre que tenemos en el cielo (1). »

PERORACIÓN. — Sin embargo, hermanos míos muy amados, según la doctrina de los santos, con estas palabras : *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, no pedimos únicamente el pan con que hemos de sostener nuestros cuerpos. Lo que principalmente pedimos es el pan del alma. Jesucristo mismo nos enseña que el hombre no vive solamente de pan, sinó que la verdad es sobre todo el alimento necesario de nuestras almas. Al pronunciar pues estas palabras : *Dadnos nuestro pan de cada día*, debemos pedir á Dios que ilumine nuestras almas, al propio tiempo que conserve la salud á nuestros cuerpos... Y aquí, hermanos míos muy amados, imitando á san Juan Crisóstomo, á san Ber-

(1) Vida de los Padres del Desierto, edición L. Vivés, tomo IV, pág. 187.

nardo y á la piadosa santa Teresa (1), volvámosnos hácia el tabernáculo; allí hay un alimento verdaderamente divino, allí está el pan vivo descendido del cielo para fortalecernos y sostenernos en medio de las pruebas de la vida... ¡Oh Jesús! hacenos comprender bien esta verdad, haced que nuestras almas suspiren por el pan material... ¡Ojalá podamos todos, hermanos míos muy amados, apreciar este alimento divino, desearlo vivamente y hacernos dignos de recibirlo con la mayor frecuencia posible!... Así sea.

INSTRUCCION DECIMOTERCIA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

INSTRUCCION SEXTA.

TODOS TENEMOS NECESIDAD DE QUE DIOS NOS PERDONE ; TODOS DEBEMOS PERDONAR ; CUALIDADES QUE DEBE TENER ESTE PERDÓN.

TEXTO.- *Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris...* Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

EXORDIO. — Hermanos míos, el día en que nuestro divino Salvador anunciaba á los judíos una de las invenciones más admirables de su amor, esto es el misterio de la sagrada Eucaristía (2)... cuando, con una dulzura y una majestad divinas, afirmaba que él era el verdadero pan descendido del cielo, y que, en la sagrada comunión, daría á sus fieles discípulos su carne á comer y á beber su sangre, el Evan-

(1) V. Santa Teresa, *Camino de Perfección*, cap. XXXIII, y *Meditaciones sobre el Padre nuestro*. No puedo, sin embargo, participar completamente de las ideas de esta santa, quien pretende que lo que nosotros pedimos á Dios con estas palabras es una cosa puramente espiritual. Véase la *Meditación IV sobre el Padre nuestro*...

(2) San Juan, cap. VI *passim*.

gelio nos refiere que esta enseñanza divina produjo singular impresión en los oyentes.. Los fariseos, los escribas y la mayor parte de los que le rodeaban se miraron con sorpresa y de sus bocas salió esta impía exclamación : « Duro es este lenguaje; ¿ quién lo puede comprender?... » ¡Insensatos ! ignoraban la omnipotencia de aquel que hablaba...

Hemos visto, hermanos míos muy amados, producirse estos mismos sentimientos ; hemos oído palabras casi semejantes de boca de ciertos cristianos ignorantes y vengativos... Ellos recitan estas palabras del Padre nuestro : *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores* ; ellos las repiten sin comprenderlas, porque conservan el ódio y el rencor en sus corazones... Y cuando, ya desde lo alto de este púlpito, ya cuando se nos llama para que les preparemos á morir bien, les decimos : « Hermanos, es menester perdonar si quereis que Dios os perdone ; es menester, antes de comparecer á su temible tribunal, reconciliaros con ese pariente, con aquel vecino, contra quien abrigais ódio ó sentimientos de venganza ; es indispensable que les perdoneis, pues sin esto no hay perdón para vosotros ... » ; ellos nos escuchan con aire distraído, nos miran con azorados ojos. Y sin embargo, queridos amigos míos, no soy yo quien os impone esta obligación, es el mismo Jesucristo. ¡ Ah! el orgullo está allí haciéndoles casi sordos á esta enseñanza divina y á veces les hace contestar, como á los incrédulos judíos : « Duro es este lenguaje, es imposible que yo olvide los daños que se me han causado, que perdone las calumnias ó las injusticias de que he sido víctima... » ; Desgraciado hermano mio ! olvidas que la gracia de Dios, cuando se pide con fervor y humildad, transforma nuestra pobre, naturaleza humana... Un pagano podía maldecir á sus enemigos ; pero desde que Jesucristo sobre la cruz nos dió el ejemplo del perdón con el auxilio de su gracia nos es posible, á ejemplo suyo, olvidar las más crueles injurias...

PROPOSICIÓN. — Estas reflexiones, hermanos míos muy amados, acuden naturalmente á propósito de esta quinta petición de la Oración dominical : *Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdo-*